

San Basilio



LA HISTORIA DE UNA MARAVILLA

ANASTASSIA
ESPINEL

Cuando apenas se alzaron hacia el cielo sus primeras torres y cúpulas, se hizo evidente que una nueva maravilla, incomparable mezcla de catedrales romanas con las pagodas de la India, estaba por nacer.

Dimitri Kedrin, poeta ruso (1907-1945)

Desde los tiempos de Iván el Terrible hasta la época actual, la catedral de San Basilio en la Plaza Roja, en pleno centro histórico de Moscú, con sus curiosas cúpulas acibolladas, delicados arcos, torres en forma de carpas y colorido impresionante, se ha convertido en un auténtico símbolo de la capital rusa. Su inconfundible imagen aparece en numerosas postales, folletos y guías turísticas, en los cofres policromados, jarrones, tazas, camisetas, gorras, encendedores y otros *souvenirs* que se ofrecen a los turistas en el territorio del Kremlin. Sacar una foto en la Plaza Roja con la catedral como fondo es una especie de rito obligatorio para todos los visitantes de la capital rusa, pero muy pocos de ellos conocen su verdadera historia. Mientras tanto, tras la espléndida y mundialmente famosa fachada de la más bella de las iglesias rusas se ocultan numerosas historias fantásticas, leyendas y misterios aún sin resolver; además de una verdadera perla arquitectónica, alabada por los poetas como “encaje en roca” o “himno triunfal petrificado”,¹ es toda una “crónica en piedra”, de importantes hechos cruciales de la historia rusa.

El presente artículo pretende desvelar solo algunos de tantos misterios que rodean la célebre catedral.

I. ¿Por qué se llama San Basilio?

La historia de la catedral se remonta al año 1554, cuando el zar Iván IV, popularmente conocido como Iván el Terrible, decidió conmemorar su brillante victoria sobre el kanato de Kazán, aquel enemigo jurado de Moscú y de toda Rusia.

Aunque la otrora temible Horda de Oro, el poderoso imperio tártaro-mongol fundado por una rama de los descendientes de Gengis-Kan, se había fragmentado a comienzos del siglo XVI en varios kanatos independientes, y aparentemente no presentaba peligro para el creciente poderío de Moscú, un nuevo enemigo del mundo cristiano, el joven y vigoroso imperio Otomano ampliaba sus fronteras con una rapidez aterradora. En los tres estados tártaros surgidos sobre las ruinas de la Horda de Oro —los kanatos de Kazán, de Astrakán y de Crimea— la influencia otomana se tornaba cada vez más fuerte y, por lo tanto, peligrosa. Es lógico que Iván el Terrible decidiera no esperar el momento en que los sultanes otomanos unificaran bajo su cetro a todos los kanes tártaros y los sublevaran contra Rusia, por lo que decidió anticipar aquel ataque, iniciando una grandiosa campaña contra Kazán, el más grande e influyente de los tres kanatos.

En agosto de 1552, el zar descendió por el río Volga con un poderoso ejército, y en septiembre asedió la capital enemiga. Los combates duraron hasta el 2 de octubre porque, según informa el príncipe Andrey Kurbskiy, participante en aquella campaña, en su *Historia del gran principado de Moscú*, “los infieles luchaban por sus propias vidas con gran coraje y desesperación; los más valientes, al verse rodeados, se precipitaban desde las murallas y de los minaretes; las cabezas degolladas rodaban por las calles y los lastimosos gritos de los heridos y moribundos volaban hasta el cielo”.² Según el testimonio del mismo autor, la sangre había llenado todos los pozos de desagüe y los

cadáveres se amontonaban por doquier, impidiendo el paso; pero, una vez aplastada la resistencia de los últimos defensores de Kazán, Iván IV, contrariamente a su apodo, procedió como un vencedor magnánimo que perdonó la vida a todos los prisioneros tártaros bajo la condición de que se convirtieran al cristianismo y le juraran fidelidad.

Dos años después, en 1554, las tropas de Iván IV se apoderaron del vecino kanato de Astrakán. Ahora Rusia dominaba todo el curso del río Volga y tenía la anhelada salida al mar Caspio que le facilitaba considerablemente el comercio con Persia y la India. Para conmemorar aquella brillante victoria, Iván el Terrible añadió a sus numerosos títulos el del “zar de Kazán y Astrakán” y decidió construir en Moscú una grandiosa iglesia que no tuviera iguales en toda Rusia.

El proyecto inicial incluía nueve capillas independientes en honor a los nueve santos cuyas fiestas se celebraban de agosto a octubre, meses en que se había realizado la campaña contra Kazán; pero luego, siguiendo el consejo de Macario, el obispo metropolitano de Moscú, el zar decidió sustituirlo por una sola iglesia de nueve cúpulas, oficialmente llamada la Catedral de la Intercesión de la Virgen en el Montículo, debido a que en otros tiempos en aquel mismo lugar se encontraba parte del terraplén que protegía el centro de la ciudad contra las invasiones enemigas.³ Sin embargo, el pueblo no tardó en rebautizar la nueva iglesia con el nombre de San Basilio o Basilio el Bendito, uno de los santos más venerados de la Iglesia ortodoxa.

¿Quién era aquel personaje cuyo nombre se había quedado en la historia unido por siempre a la famosa catedral? Nació en 1464 en Elójovo, una pequeña aldea cerca de Moscú, hijo de una humilde familia campesina. Una leyenda cuenta que la madre de Basilio lo trajo al mundo en el altozano de la iglesia rural mientras estaba rezando a la Virgen por un parto feliz, hecho que marcaría por siempre el destino del futuro santo. Siendo todavía un niño, Basilio fue entregado a un zapatero para que aprendiera el oficio. En una ocasión, un rico comerciante le encargó un par de botas “de tal calidad que pudiera usarlas por el resto de mi vida” y le prometió una generosa suma de dinero, pero, en vez de alegrarse, el joven aprendiz comenzó a llorar amargamente. Nadie pudo

entender la causa de aquel repentino desconsuelo hasta que, unos días después, el comerciante, un hombre aparentemente sano, murió de repente. Fue entonces cuando todo el mundo se enteró de que el joven Basilio poseía el don de la profecía.

A los 16 años, Basilio llegó a Moscú, donde comenzó su existencia de “loco de Dios” que llevaría por el resto de su larga vida. En pleno invierno, andaba descalzo y casi desnudo, arrastrando pesados grilletes que llevaba voluntariamente en señal de su plena consagración al servicio de Dios. Su figura se convirtió en parte indispensable del paisaje urbano porque todos los días aparecía en la Plaza Roja y en otros sitios públicos predicando o pidiendo limosna que luego repartía entre todos aquellos que, según afirmaba el mismo santo, la necesitaban más que él mismo, en especial los inválidos o los niños abandonados en las calles por sus propios padres. En numerosas ocasiones entraba en las tabernas, los prostíbulos y las cárceles para consolar a borrachos, prostitutas, ladrones y otras personas que habían sucumbido al vicio, tratando de convencerlas de que un arrepentimiento oportuno era el único camino hacia la salvación. Lo hacía de una forma amena y expresiva, mediante señales y alegorías, prediciendo tanto el infortunio de los pecadores como la dicha eterna para los virtuosos.

En una ocasión, Basilio tumbó en la plaza de mercado un puesto donde se vendían rosquillas y, cuando el furioso vendedor lo agredió con golpes, soportó el dolor sonriendo y agradeciendo a Dios por aquel martirio. Como se supo más tarde, el deshonesto panadero había añadido en la masa cal, tiza y otras sustancias dañinas. Otra vez derrumbó intencionalmente varias jarras con *kvas*, bebida de cebada muy popular en Rusia, que se había quedado en fermentación más de lo necesario y se había vuelto tóxica; estos y muchos otros hechos llevaron a la gente a creer que Basilio era un verdadero hombre de Dios.

El mismo zar Iván el Terrible trataba a aquel “loco de Dios” con gran respeto, siempre prestaba atención a sus palabras y recibía con gratitud sus enseñanzas. Un día, durante la misa, Basilio se acercó al zar y le reprendió públicamente por sus pensamientos inoportunos para la casa de Dios. El soberano, quien realmente no estaba concentrado en la oración sino que pensaba en la decoración

de su nuevo palacio, reconoció su falta e invitó al “loco de Dios” a almorzar a sus aposentos. Durante el almuerzo, Basilio volcó en el suelo tres copas de costoso vino de Chipre y, ante la indignación de otros comensales, respondió que estaba apagando el incendio que acababa de empezar en Nóvgorod. En efecto, en ese mismo momento, en aquella ciudad situada a más de 500 kilómetros de la capital comenzó un incendio que no pudo expandirse debido a la lluvia torrencial que cayó de los tres nubarrones que surgieron repentinamente en el cielo completamente despejado.

Sin embargo, el mayor milagro de Basilio se produjo en 1521, cuando las hordas invasoras del kan tártaro Mahmet Guirey devastaron y quemaron varias aldeas en los alrededores de Moscú y estaban a punto de irrumpir en la capital. Basilio había pasado la noche entera rezando y llorando desconsoladamente ante el ícono de la Virgen de Vladimir, y al día siguiente el kan se alejó de Moscú con toda su tropa sin ninguna causa aparente, como si estuviera atemorizado por alguna visión repentina.

Basilio falleció en 1552, a la edad de 88 años. Su cuerpo fue llevado por los piadosos moscovitas a la iglesia de la Trinidad, donde el obispo Macario celebró la misa en presencia del mismo zar Iván y de su esposa, la zarina Anastasia. El “loco de Dios” fue enterrado allí mismo, en la iglesia de la Trinidad, pero en 1588, tras la canonización oficial de San Basilio, sus restos mortales fueron exhumados y, por orden personal del nuevo zar Fédor I, hijo y heredero de Iván el Terrible, trasladados a un lujoso sepulcro en una capilla adjunta a la nueva iglesia de la Virgen en el Montículo, que desde aquel entonces fue apodada por el pueblo como el templo de San Basilio el Bendito.⁴

2. ¿Quiénes fueron sus creadores?

Sobre los creadores de la catedral existen numerosas leyendas y muy pocos datos históricos. La versión más famosa nombra a dos personajes, Póstnik y Barma, dos genios autodidactas originarios de Pskov, antigua ciudad al noroeste de Rusia, famosa por sus tradiciones arquitectónicas. Según una leyenda popular, difundida por el poeta Dimitri Kedrin en su célebre poema épico *Los arquitectos* (1938), Iván el Terrible convocó a un concurso de proyectos para la futura catedral, en

A diferencia de muchas otras iglesias rusas, la catedral de San Basilio sobrevivió airosa todos los cataclismos de las épocas posteriores, como si la magia de su santo patrón estuviera protegiéndola a través de los siglos.

el cual participaron los mejores maestros no solo de toda Rusia sino también de Florencia, Génova, principados germanos y otros estados europeos. Sin embargo, los proyectos no le parecieron al zar los suficientemente originales, ya que no eran más que réplicas de Santa Sofía en Constantinopla, de la basílica de San Pedro en Roma, de Notre Dame en París y de otros monumentos famosos. El soberano ya estaba a punto de desesperarse, cuando le presentaron a Póstnik y Barma, “jóvenes, robustos y descalzos”;⁵ estaban tan mal vestidos y poco presentables, que los guardias ni siquiera querían dejarlos entrar en el Kremlin. Sin embargo, Iván IV encontró la propuesta de aquellos desconocidos más atrayente que las de todos los maestros reconocidos y de una vez les encargó la construcción. Aquella misma leyenda cuenta que, una vez terminada la obra, los desdichados genios fueron cegados por orden del zar para que jamás pudieran construir otra iglesia más hermosa, y terminaron sus días mendigando en las puertas de las peores tabernas moscovitas.

La mayoría de los investigadores considera que toda esta historia trágica y conmovedora no es más que un mito creado por el pueblo siglos después de la construcción de la catedral porque ninguna de las crónicas de la época menciona aquel episodio. Es más, los mismos nombres de Póstnik y Barma se interpretan en las fuentes originales como si se tratara de una misma persona, “Póstnik Yákovlev, apodado Barma”, literalmente “el tartamudo”.⁶

Tampoco se sabe si era realmente un “pobre desconocido”, pero, sin duda, era un hombre nuevo en Moscú, ya que todas las fuentes coinciden en que procedía de Pskov, ciudad otrora



Monumento a Póstnik y Shiriay

independiente que formó parte de los dominios de Moscú sólo a partir de 1510, bajo el reinado de Vasili III, padre de Iván el Terrible. Aunque los habitantes de Pskov, atemorizados ante la presencia bajo sus muros de la numerosa tropa moscovita, no se atrevieron a luchar y abrieron con sumisión las puertas de la ciudad, Vasili III obligó a trasladarse a Moscú a los 300 linajes pskovitianos más antiguos y distinguidos para evitar una posible revuelta en el futuro. Los antepasados de Póstnik debieron figurar en aquella “lista negra”, y quizás se instalaron en la capital contra su voluntad, pero aquel incidente del pasado no le impidió al joven arquitecto servir en cuerpo y alma al zar moscovita.

El momento más escalofriante de aquella historia, la ceguera de Póstnik y su vida mendicante en las calles de Moscú, no tiene ningún fundamento histórico. A pesar de todo su despotismo y crueldad, Iván el Terrible también era famoso por su espíritu práctico, su amor por el arte y su generosidad con los artistas que le agradaban. Todas las crónicas coinciden en que, después de terminar la catedral en Moscú, Póstnik partió a Kazán, donde, por orden personal del zar, encabezó la grandiosa obra de la reconstrucción de aquella antigua capital tártara, a la cual debería

transformar en una ciudad completamente nueva para que nada recordara su “pasado infiel”. Junto con otro arquitecto, Iván Shiriay, Póstnik proyectó el nuevo Kremlin de Kazán (proclamado en el año 2000 por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad), la catedral de la Asunción en aquella misma ciudad y el monasterio del Tránsito de la Virgen en la isla fluvial de Sviyazhsk, a 30 kilómetros de Kazán. Todas estas obras estuvieron financiadas por el zar, y los arquitectos fueron recompensados con generosidad; aunque la fecha y el lugar de la muerte de Póstnik se desconocen, sin duda no terminó sus días en la calle como un pobre mendigo.

Resulta curioso que el único monumento al creador de la iglesia más famosa de Moscú no se encuentre en la capital sino en Kazán, en la actual República de Tatarstán, frente a la catedral de la Asunción. La escultura, instalada el 5 de agosto de 2012, representa a Póstnik junto a su colega Iván Shiriay contemplando la maravillosa obra que inmortalizaría sus nombres.

3. Los milagros de la era moderna

A diferencia de muchas otras iglesias rusas, la catedral de San Basilio sobrevivió airosa todos los cataclismos de las épocas posteriores, como si la

magia de su santo patrón estuviera protegiéndola a través de los siglos.

En 1812, durante la ocupación de Moscú por las tropas francesas, el mismo Napoleón Bonaparte se quedó tan impresionado por el aspecto de la catedral que quiso desmontarla y trasladarla a París, pero la tecnología de la época no le permitió llevar a cabo aquel proyecto tan ambicioso. El templo fue convertido en caballeriza, y luego, antes de su presurosa retirada, los franceses decidieron borrarlo de la faz de la tierra. Varias minas de pólvora fueron colocadas en el fundamento de la iglesia, pero un repentino aguacero apagó las mechas ya incendiadas, milagro que fue considerado por los moscovitas como una intervención divina.

El templo se salvó milagrosamente después de la revolución bolchevique de 1917, en plena época del ateísmo beligerante, cuando muchos otros monumentos de valor histórico y artístico incalculable fueron demolidos con el pretexto de la “lucha contra los prejuicios y el obscurantismo religioso”. En 1923, el Estado decomisó la catedral a la Iglesia Ortodoxa y la entregó al Museo Estatal de Historia, que la transformó en una de sus sucursales. A partir de entonces, en la catedral ya no se celebraban misas, y fueron retiradas las campanas de sus torres.

En la década de los treinta, cuando toda Moscú fue sometida al plan de reconstrucción total con el pretexto de “transformar la vieja Moscú en una nueva ciudad socialista”, la catedral volvió a correr el peligro de ser derrumbada. Lázaro Kaganóvich, el Primer Secretario del Partido Comunista, y el artífice principal de la demolición del templo de Cristo Salvador y de muchas otras iglesias moscovitas, propuso retirar la catedral de la Plaza Roja para liberar más espacio para desfiles militares, tan frecuentes en aquella época del socialismo totalitario. En una ocasión, mientras le mostraba a Stalin la maqueta de una nueva capital “socialista”, Kaganóvich, con un solo movimiento de la mano, barrió de la Plaza Roja la diminuta copia de San Basilio y sonrió satisfecho. Sin embargo, “el Padre de la Patria”, en vez de compartir el júbilo de su fiel colaborador, miró desconcertado la plaza vacía y ordenó tajante: “¡Lázaro, ponla en su sitio!”. Nadie

se atrevió a contradecir al dictador todopoderoso y la iglesia fue nuevamente salvada.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la aviación alemana arrojó sobre el centro histórico de Moscú numerosas bombas incendiarias. Al igual que muchos otros monumentos históricos en la Plaza Roja, la catedral de San Basilio sufrió diversos estragos, por lo que los trabajos de su restauración duraron varios años después de la guerra. Apenas el 7 de septiembre de 1947, justo el día de la celebración de los 800 años de la fundación de Moscú, el museo dentro de la catedral volvió a abrir sus puertas.

Tras la caída del régimen totalitario, ha comenzado una nueva etapa en la historia de San Basilio, que actualmente es usufrutuada de manera común por el Museo Estatal de Historia y la Diócesis de Moscú, de la Iglesia Ortodoxa Rusa. A partir de 1991, después de más de sesenta años de receso, se reanudaron los servicios religiosos en la catedral. Las misas se celebran dos veces al año, el 15 de agosto, el día de San Basilio, y el 14 de octubre, la fiesta de la Virgen. El resto del año la catedral funciona como museo y abre sus puertas a todos los visitantes, atraídos por la belleza de aquella maravilla, proclamada por la UNESCO, junto con otros monumentos históricos del Kremlin, Patrimonio de la Humanidad. ■

Anastassia Espinel (Rusia)

Egresada de la Universidad de la Amistad de los Pueblos de Rusia. Ph.D. en Ciencias históricas. Desde 1998 reside en Bucaramanga donde se desempeña como docente de la Universidad Industrial de Santander (UIS) y de la Universidad de Santander (UDES). Entre sus publicaciones se encuentran *Sol de Libia* (2002), *Catalina II, la gran leyenda de Rusia* (2005), *Cuentos de los vencidos* (2007) y *El Mundo Antiguo: misterios, enigmas, hipótesis* (2009).

Notas:

¹ Kedrin, Dimitri (1988). *Los arquitectos*. En: *Poemas escogidos*. Moscú: Goslitizdat, p.14 (en ruso).

² Kurbskiy, Andrey (2008). *Historia del gran principado de Moscú*. Moscú: Molodaya Gvardia, p. 93 (en ruso).

³ Okunev, N.L. (1913). *Monumentos históricos del arte ruso de la época moscovita*. San Petersburgo: Russkiy Arhiv, p. 12.

⁴ Grabar, I. (1910). *Historia del arte ruso*. Tomo 2. Arquitectura antes de Pedro I el Grande. Moscú: Kultura, pp. 67-68.

⁵ Kedrin, Dimitri. *Op. cit.*, p. 7.

⁶ Kalinin, N.F. (1957). “Póstnik Barma, el constructor de la catedral de San Basilio en Moscú y del Kremlin de Kazán”. En: *Revista Sovetskaya Arjeologia* (Arqueología Soviética), N.º 3, pp. 260-264.